

Kundera es un intelectual que escribe novelas, es un ejemplo muy nítido de artista-filósofo. Sus intereses son amplísimos e incluyen la misma filosofía, el cine, la música, el jazz y otras expresiones del arte. No le gustaba que interpretaran sus historias en clave política.

PEDRO GANDOLFO

Milan Kundera (1929-2023) siempre escribió para exponer alguna de las facetas de su radical disidencia respecto del mundo. En muchos puntos se emparenta con Cioran, solo que Kundera se alejó de cualquier gravedad y dramatismo, envolviéndolo todo en una narrativa atravesada por su singular sentido del humor —reivindica lo cómico en la prosa novelística—, aunque empeñada en contestar de algún modo, en su narrativa, las preguntas fundamentales que el hombre se ha formulado en la historia del pensamiento, pero siempre abordadas de un modo que reclama una interpretación absurda y humorística, un humor principal en su obra, deudor del sentido kafkiano de lo cómico.

Kundera le otorgaba a la novela un lugar privilegiado para expresar aquello oculto (lo no-dicho, “lo desconocido”) en la sociedad moderna, la revelación, de nuestra falencia y desencanto en el mundo de lo cotidiano. En la novela yace un conocimiento fundamental, que la legitima, sobre nuestra cultura y comportamiento que las disciplinas filosóficas y científicas no conocen, obliteran, acerca de la cotidianidad de lo humano y su existencia concreta. La novela es una forma de conocimiento, un modelo alternativo al pensamiento filosófico o científico. Kundera pone a la novela en un punto ciego observado por él entre la filosofía y la ciencia en una propuesta casi gnoseológica. Lo que la literatura logra, de singular modo la novela, es poner en obra su capacidad de integrar filosofía, política, historia, poesía, sociología, psicología y antropología sin extravíar por eso su identidad narrativa. El novelista es “un explorador de la existencia” que “analiza situaciones humanas que no forman parte de disciplina científica alguna, sino que simplemente son parte de la vida”. Cuando Kundera habla de la “vida”, se está refiriendo a la dimensión cotidiana y concreta de la misma, donde domina “el poder, lo fútil” y explora, a su vez, la importancia existencial del “detalle” en la narración. Kundera ve la posibilidad de la novela de explorar lo maravilloso de lo cotidiano, lo cual permite atisbar la “ambigüedad” de sentidos de lo humano, ambigüedad velada permanentemente y ofuscada por el reduccionismo de la técnica y de la ciencia. Kundera busca poner su narrativa en el camino de lo más digno de ser pensado, aquello que, en la línea de Heidegger, siendo fundamental para cada hombre se encuentra escondido u olvidado.

Es imposible, pues, leer sus novelas sin considerar simultáneamente su pensamiento sobre la novela, una suerte de teoría de la novela, que está repartida en sus libros y concentrada en **Testamentos traicionados**, **El telón** y **El arte de la novela**. Se trata de ensayos espléndidos —sobre todo, **Testamentos traicionados**—, movidos por un espíritu contestatario, heterodoxo y antiideológico. Kundera se expresa de modo llano, elegante —detestaba las jergas y tecnicismos literarios—, y proporciona un análisis interior, desde el ángulo del novelista, una indagación sólida e iluminadora, aunque el escritor checo afirmara que carecía de cualquier ambición teórica y que sus escritos sobre la novela no eran sino “confesiones de un practicante”.

Volver a Rabelais y a Cervantes

Kundera percibe la novela como una forma en permanente mutación, en la que lo importante no es tanto la relación de la novela con su contexto histórico, sino su vínculo con la historia del arte y, singularmente la historia de la novela. Kundera propone un modelo, lo reflexiona y fija su afiliación con la tradición que dentro de ese modelo satisface sus parámetros estéticos y su particular manera de entender la novela y su significado social. Digamos que era lo que podría llamarse “un ilustrado y heterodoxo eurocéntrico”. De esta tradición se deriva el casi precepto de volver la vista hacia los orígenes del arte de la novela, hacia los dos padres, a Rabelais y sobre todo a Cervantes, a eso que llama “la desprestigiada tradición de Cervantes” que configura la denominada críticamente “novela occidental”. En línea directa con Cervantes —del cual es uno de sus mejores lectores— se ubican Musil, Broch, Kafka y Gombrowickz. Kundera admira de estos autores la libertad, en particular respecto a la base del realismo más ramplón, la suspensión del principio de la verosimilitud, la capacidad de apartarse de una línea argumental lineal y centralizadora que popularizó la novela francesa del siglo XIX. Las novelas contemporáneas que valen la pena se desapegan de esa línea y nutren, acrecientan y estimulan la imaginación con giros y extrapolaciones irónicos. Kundera tuvo, además, una relación especial con la narrativa latinoamericana, en particular con la de Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Carlos Fuentes y, en menor medida, Alejo Carpentier, en las cuales advertía una libertad y fidelidad a las raíces fundantes de la novela occidental. Eran los hijos, nietos o bisnietos de los padres de tradición fundamental de la novela de Occidente.

Kundera es un intelectual que escribe novelas, es un ejemplo muy nítido de artista-filósofo, sobre todo cuando aparece el

Escritor checo-francés fallecido esta semana:

Kundera, el escritor intelectual y viceversa

“segundo Kundera”, más reflexivo, introspectivo y filosófico. Sus intereses son amplísimos e incluyen la misma filosofía (sobre todo lee y comenta agudamente a Heidegger y Nietzsche y los incorpora a sus novelas), el cine (por donde empezó su trayectoria), la música, el jazz y otras expresiones del arte. Puede decirse que el fundamento filosófico de su novelar es la posibilidad de comprensión a través del arte y del “pensamiento cordial” del ser humano en su habitar en el mundo y con otros. En la literatura él logra conjugar el pensamiento y la narración —una inquietud común a las novelas y autores contemporáneos que Kundera admiraba, inquietud que sigue marcando la narrativa de algunos autores contemporáneos, como J. M. Coetzee— y sus libros respiran cómodamente pensamiento, porque la novela le permite acogerlos sin exigir sistematicidad y sin perder ella tampoco de vista a la historia que se narra, aunque esta no puede esclavizar al autor, según Kundera.

La novela es arte de la composición y no es raro que Kundera estructure sus novelas trasponiendo formas y técnicas musicales. La articulación acogedora de la novela permite, según el autor checo-francés, por su inclinación ensayística como ningún otro género, también la entrada de digresiones despegadas de una trama centralizadora, lo que no quiere decir que favorezca una novela ensayista repleta de referencias metaliterarias. Es patente que Kundera es muy cuidadoso con la estructura de sus novelas y no tiene narraciones “que se le hayan escapado de las manos”. Kundera no es un revolucionario en lo formal, aunque en sus novelas francesas haya introducido algunas técnicas experimentales, tales como las sinuosas y extensas digresiones.

La universalidad de sus novelas

No puede omitirse la dimensión en la que suele encasillarse, la del escritor disidente político. Kundera, un excomunista, devino en un crítico feroz del colectivismo socialista, sobre todo el que dominaba en la Checoslovaquia comunista —que había padecido en carne propia— y muchas de sus obras ponen en escena esa crítica, sobre todo en la primera fase de su obra, el “primer Kundera”. Ello tiene una dimensión testimonial y de memoria, pero narrativamente esas novelas aparecen ahora, de pronto, demasiado asociadas a una fase histórica que parte con la revolución comunista y dura hasta la caída del muro de Berlín, caducidad que preocupó también al propio Kundera. Él replicaba que su tema era universal: la pérdida de la libertad y del humor en una autocracia totalitaria.

Kundera se defendió de múltiples malentendidos a que fue dando lugar su obra —cuando se trasladó a vivir a París ya era un escritor muy famoso y provocador dentro del escenario europeo—, entre los cuales quizás el que más lo contrariaba es que siempre se interpretaran sus obras en clave de “novela política”. En ese orden de cosas, **La broma**, su primera novela, debía, según él, leerse desde el erotismo y no de lo político y, en general, toda su obra debe ser explorada más allá de lo político, en el cual “más allá” se destacan lo erótico, lo cómico y lo violento como otras aproximaciones a la obra de Kundera.

Muchas veces al leer sus inteligentes observaciones sobre la novela de tal o cual, y sobre la novela en general parece que estuviera hablando de sí mismo, de su obra, de sus novelas. Kundera era una persona bastante inescrutable, escéptico y algo malhumorado. En los últimos treinta años abandonó, en la práctica, la carrera de escritor y se mantuvo prácticamente en silencio hasta su muerte. Para él todo lo que tenía que decir ya lo había dicho a través de sus novelas.

Kundera se defendió de múltiples malentendidos a que fue dando lugar su obra, entre los cuales quizás el que más lo contrariaba es que siempre se interpretaran sus obras en clave de “novela política”.

Puede decirse que el fundamento filosófico de su novelar es la posibilidad de comprensión a través del arte y del “pensamiento cordial” del ser humano en su habitar en el mundo y con otros.

Es imposible leer sus novelas sin considerar simultáneamente su pensamiento sobre la novela, una suerte de teoría de la novela, que está repartida en sus libros.